

¡ZAPATERO, A TUS ZAPATOS!

Había entre los pintores de la antigua Grecia la costumbre de exponer sus cuadros en la plaza pública, para dar a todos los curiosos la oportunidad de emitir su opinión, la cual escuchaban los artistas ocultos detrás de un telón vecino, evitando de esta suerte el peligro de adulación o el de una crítica fundada en la personalidad del autor.

Apareció un día sobre el caballete una obra de Apeles y hallábase entre la concurrencia un zapatero, al cual debió de parecerle mal la reproducción de una sandalia y hubo de hacerlo notar a los circunstantes en alta voz. No lo echó en saco roto, y como, comprobábase el maestro la exactitud de la observación, retocó el calzado en consonancia con las leyes del arte sutorio.

Muy luego se hizo cargo el remendón de haberse tomado en cuenta su aviso, y animado a descubrir lunares en el lienzo, puso "peros" a los pliegues del vestido y otras pequñeces de indumentaria, de las cuales apenas se le alcanzaba cosa, y como es de suponer, daba sus golpes en la herradura. Apeles, que de grado había aceptado las enmiendas de la vispera, quiso parar los pies al entrometido Zoilo y díjole incontinentemente, saliendo de su escondite: "¡Zapatero, a tus zapatos!". Versión un tanto descendiada, la cual, como haya pasado a la fraseología popular, nos la disimulará el benévolo lector.

Conocemos por experiencia propia la imposibilidad de adquirir conocimientos universales y al mismo tiempo profundos, porque cualquier ramo del saber, por limitada que fuere su extensión, encierra secretos suficientes para distraer la vida de un hombre, quien, como se consagrare por igual a muchas disciplinas, nunca pasará de una aceptable medianía o, en el mejor de los casos, de un científico del montón.

Teniendo presente esta manifiesta limitación del entendimiento humano, todos acudimos al especialista de aquella ciencia cuyas benéficas aplicaciones queremos experimentar, y aun no sabemos de nadie que haya acudido al bufete de un abogado si acaso le hizo pasar noche toledana algún recio dolor de muelas o llamado a las puertas de un médico cuando se propuso por ventura pleitear. Nadie hay tan babazorro que de nada entienda, mas nunca supimos haber poseído cerebro de hombre la sabiduría universal.

Yá que algo se nos alcance de las dificultades inherentes al estudio de toda especialización y de las ventajas deducidas del incansable esfuerzo intelectual aplicado en la misma dirección otorgamos autoridad en las materias de su carrera a cuantos ostentan legítimamente un grado académico, y siempre escucharemos con el debido respeto las opiniones del cirujano cuando se trata de una operación quirúrgica, o la del legisperito en asuntos de interpretación legal, o la del anticuario, al tropezar con alguna moneda cuya inscripción fuera al profano difícil descifrar.

Mas, por ese mismo principio de las consideraciones debidas al especialista, nos obstinamos en negar toda participación ponderable a cuantos se lanzan a cazar en coto ajeno, y para

ningún pensador habrán de tener valor alguno las sentencias del lego, cuando se presentaren del lado contrario otras distintas, apoyadas en el examen pericial, consiguiente al nunca interrumpido estudio inquisitivo de aquel linaje de saber al cual pertenece la tesis presentada a discusión.

Hemos dicho yá, y volvemos a repetir, cuán grande concepto tengamos formado de los conocimientos médicos del Dr. D. Trinidad H. Pardo de Tavera, como le tenemos de los del popular y voceado Dr. Dominador Gómez, demagogo insuperable; pero, habrá de perdonárnoslo la libertad de no conceder estima alguna, por ejemplo, a las Conferencias religiosas del primero, empedradas de errores e inexactitudes (y tal vez no tardaremos en demostrárselo), o a la disertación sobre el Celibato eclesiástico publicado por el segundo (Dr. Dominador Gómez) hace yá tiempo en un diario local: mosaico de disparates y pampiroladitas, cuyo contenido daba pié para dudar de ser el escrito obra del reputado doctor.

Y si esos dos disertantes, de formación académica tan bien cimentada como la de los Dres. Pardo de Tavera y Dominador Gómez, no están autorizados para tener voz y voto en disertaciones extrañas a su profesión, a menos de poner de manifiesto en sus producciones literarias la indispensable competencia en el punto desarrollado, figúrense nuestros benévolos lectores cuánta razón nos asista para rehusar a un soldado cualquiera, como Lagasca, el derecho de tomar parte en tales capítulos, cuando acaso nunca traspuso las tapias de la escuela primaria, ni cursó quizá otras letras sino las de las armas, ni recibió por ventura en los días de su vida más género de aprendizaje que el de la instrucción... militar.

Meta cada cual su azadón en el terreno de las investigaciones privativas, váyase a la mano en la hoy endémica afición de internarse por los arrezafes de disciplinas no conocidas y no andará la sociedad tan del revés; que si los galenos se han sentido lesionados de poco acá porque ciertos pseudo-esculapios hayan abierto clínicas de sobajamiento con el pomposo nombre de "Kiropráctica", lastimosamente confundido con la "Quiromancia" por los colegas de "The Independent" (Año IX, Núm. 414, 10 de marzo de 1923, págs. 4 y 11), muy en consonancia con la lógica ha de estar que nosotros alcemos el grito de protesta contra tantos escritores o escribientes como se despachan a su gusto sobre temas de filosofía y aun de teología, sin ostentar para ello otro título sino el de cuatilleros de redacción.

Mas, si, haciendo oídos de mercader a nuestros repetidos toques de atención, prefieren avanzar por donde se les antojare, como por viña vendimiada, aténganse a las consecuencias, ni alboroten el vecindario al recibir los pinchazos de la moharra de nuestro rejón, que, como dijo días pasados nuestro compañero Paulino, "nos decidimos a arrojarnos al redondel, no para capear el toro durante algunos instantes y desaparecer luego por escotillón, sino con el propósito de ganarnos la oreja o salir camino del hospital."

LUIS VARGAS.